

Un caótico amanecer

En los momentos duros de la «crisis», la ciudad de Madrid apura el descanso del último domingo de agosto, antes de iniciar una relajada vida estival, alejada del estrés próximo a regresar.

Un golpe fuerte, que se escucha nítido en el entorno cercano, rompe el silencio de un solitario paseo de Recoletos.

El barrio intenta ocultar el suceso entre los sueños, sin conseguir que la sordina del amanecer se rompa por un desafinado concierto de sirenas.

La diosa de la capital, madre de Zeus para los griegos (*Gran Madre* para los romanos), se despierta sobresaltada.

Desde su regia posición sobre el carro tirado por leones, vuelve, curiosa, la mirada para descubrir entre las luces del alba un coche empotrado contra un árbol del carril central de su paseo.

No tardan en sumarse a la caótica orquesta los conductores insolidarios que tocan el claxon cuando llegan al atasco, provocado por los que se detienen morbosos a observar el accidente.

Una patrulla de jóvenes de la Policía Nacional que pasaba cerca del lugar, recién iniciada su ronda, se acerca en auxilio de los posibles accidentados, sin evaluar competencias y responsabilidades.

Álvaro Vázquez es un joven deportista de casi metro noventa y complexión fuerte, la barba de unos días y sus ojos marrones de mirada fija conforman una expresión afable.

Su imagen de miembro de los cuerpos especiales contrasta con la de su compañera Blanca Torres, rubia de expresivos ojos

azules, nariz chata y sonrisa pícaro, de un atlético metro setenta oculto por la vestimenta profesional.

Observan con estupor un coche de alta gama incrustado contra un árbol, y en su interior, un conductor inerte con la cabeza enterrada contra el *airbag* explotado.

Vázquez se lanza, espontáneo, a intentar sacarle, su compañera frena su ímpetu, les han enseñado que tienen que actuar con prudencia en la extracción de un cuerpo accidentado para no provocarle daños que agraven los que pudiera tener.

La llegada de una ambulancia disipa sus dudas, se apartan para observar cómo los sanitarios del SAMUR le sacan con cuidado para subirle directamente sobre la camilla y le introducen en la ambulancia, dándole oxígeno para intentar reanimarle.

Torres revisa por instinto el maletero del coche, que está vacío, y seguidamente la guantera, de la que recoge la carpeta de documentación para identificarle. Su compañero está tentado de decirle que no toque nada, lo impide la llegada de la grúa acompañada de un vehículo de la Policía Municipal.

Los policías saludan a los municipales, extrañados por su presencia, y se hacen cargo del control del tráfico.

La curiosidad mantiene atentos a los novatos y, mientras el responsable de la grúa prepara la operación de carga, especulan con él sobre las razones del siniestro.

—Debía de ir amucha velocidad —apunta Vázquez.

—No creáis, en un choque contra un muro o, en este caso, un árbol, todo el golpe lo soporta el vehículo y se deforma más de lo que sucedería entre dos vehículos, que absorben las fuerzas con el desplazamiento.

—¿Cómo sabes tanto? —se sorprende la novata.

—He asistido a cursos de dirección de talleres en el CES-VIMAP de Ávila. Para estudiar y valorar el proceso de reparación de un vehículo se le daba un golpe contra un muro de

hormigón, que pesaba 30 toneladas, y se movía con una mano apoyado en unos colchones de aire y quedaba deformado de manera similar.

—En la academia nos mostraron vídeos de golpes de coches con muñecos, que tenían destrozos similares —discute Blanca el argumento técnico.

—Los ensayos para seguridad se hacen a más velocidad, en torno a 60 km/hora. En la actualidad, se fabrican vehículos con materiales ligeros y resistentes que permiten que la estructura se deforme y recupere su posición sin afectar al habitáculo.

—Es como en los coches de fórmula uno, que chocan a grandes velocidades sin afectar a los pilotos —argumenta, convencido, Álvaro, que es un gran aficionado.

—Es un coche muy seguro, que quizá la haya salvado la vida —sentencia el funcionario municipal.

—A partir de ahora conduzco yo —interviene la joven con una mirada de reproche a su compañero.

—Entonces no vamos a coger a ningún delincuente —protesta con gesto divertido.

Terminada la subida del vehículo accidentado, se despiden del jefe de taller agradecidos por su información y se acercan a la ambulancia para conocer el estado del herido.

—¿Qué tal está el accidentado? —se interesa Torres.

—Sigue inconsciente, parece estable y no tiene miembros rotos, pero no sabemos si hay zonas interiores afectadas.

—No parece un choque para estar inconsciente —insiste con sus argumentos.

—Los golpes con el *airbag* son peligrosos, tampoco sabemos si la inconsciencia es el efecto o la causa.

—¿Pensáis que estaba drogado o bebido? —se incorpora a las especulaciones su colega.

Los médicos zanja las hipótesis y les remiten al hospital Gregorio Marañón, hacia donde le conducirán.

Al no tener ningún aviso, deciden acercarse para intentar hablar con el accidentado cuando despierte y cerrar su informe, por si se lo demandan.

Al llegar acceden al edificio de urgencias, donde aparcan en una zona restringida al público.

La recepción es un galimatías de gente diversa y ruidosa, se juntan los afectados leves del fin de semana con los familiares de los más graves solicitando información. Se dirigen a una atascada mesa de información, donde una secretaria o enfermera, con la bata hospitalaria no saben diferenciar, batalla con el público, con la única ayuda de un desbordado vigilante de seguridad.

Se han saltado, decididos, la cola, provocando comentarios inquisidores de los que llevan más tiempo de espera. No se enfadan, entienden que la gente está cansada de padecer los recorres que niegan los gestores de la sanidad pública.

La funcionaria les atiende con corrección, es una mujer menuda de unos sesenta años bien conservados y rostro agradable que debió romper muchos corazones de joven.

En el caos de las urgencias la adoran, no se imagina el desconcierto que se produciría si no estuviera. Las visitas agradecen su paciencia, su sonrisa amable es capaz de apaciguar los nervios del más bullanguero.

Se esfuerzan en leer su nombre, «Teresa Veneros», en la chapa de identificación, para ganarse su confianza.

—¿Qué queréis? Os veo un poco despistados —se adelanta, cariñosa; le recuerdan a sus hijos, de una edad similar.

Los agentes la informan con timidez, les parece una heroína capaz de defender sola un puesto de trabajo que deberían ocupar al menos dos personas.

—Venimos para intentar hablar con un accidentado.

—¿Cuál es su nombre? —les solicita, mientras observa en el ordenador las entradas del día.

—Los sanitarios lo metieron con urgencia en la ambulancia y no pudimos identificarle, solo nos dijeron que le traían a este hospital —se disculpan con vergüenza por su inexperiencia.

Torres se olvida que el nombre debe estar en la información que sacó de la guantera y no revisó por su impericia.

—Nos pasa a todos, ¿a qué hora fue el accidente? —les disculpa con una mirada sin reproche.

—Esta mañana, sobre las 8:30.

Descubre en el ordenador que a esa hora solo llegó una ambulancia, no le da tiempo a comunicárselo, en ese momento pasa por su lado un doctor con aspecto cansado.

—¡Perdone, doctor Roy! —le interpela con educación.

—Qué quieres, preciosa, estoy hecho polvo.

La contestación suena espontánea y cariñosa, como un vacile entre colegas, sin rastro de galantería machista.

—Estos inspectores quieren hablar contigo de un accidente que ha llegado esta mañana —le informa con una sonrisa para agradecer su piropo.

—Solo somos policías de calle —se disculpan azorados, desde el segundo plano en el que se mantienen discretos.

El médico se acerca, mira con gesto cómplice a la secretaria por apurarles, les da un fuerte apretón de manos y se presenta como el doctor Carlos Roy.

—Veniros a tomar un café, llevo una guardia y una mañana terribles —propone, espontáneo, sin darles tiempo a preguntar.

Tras presentarse, aceptan encantados la propuesta.

—Voy a la cafetería del hospital a tomar algo para aguantar la jornada, si hay alguna urgencia, me avisas —se despide de Teresa.

Carlos Roy es un hombre de cincuenta y pocos años bien conservados, moreno, media estatura y cuerpo atlético, la bata médica y sus gafas sin montura le dan un aire intelectual. De aspecto más joven, solo la huida cobarde de algunos pelos de la coronilla le aproxima a la edad que marca su carné de identidad.

La cafetería es un lugar tremendamente bullicioso, el doctor usa sus influencias para que les atiendan pronto y se sientan ante unos cafés y unos pinchos de tortilla para recuperar fuerzas, mientras les informa de la situación del accidentado.

—No vais a poder hablar con el herido, está en coma.

—¿Está muy grave? —se preocupa la agente Torres.

—Cuando se despierte tendrá un rostro nuevo —bromea para relajar la tensión.

Al ver su cara de alucine, les informa de lo que ha observado en su primera inspección médica, sin utilizar jerga médica.

—En general parece estar bien, tiene unos golpes en el rostro y una fractura de nariz que vamos a operar

—¿Por qué está en coma? —interrumpe, curioso, Vázquez.

—No sabemos, le estamos haciendo pruebas.

Se miran, cómplices, con muecas de conformidad que llaman la atención del doctor.

—¿Por qué ponéis esas caras? —les cuestiona, divertido.

—En el lugar del accidente comentamos que nos parecía imposible que un vehículo, a no mucha velocidad, se cruzara la mediana para chocar con un árbol, pensamos que estaría borracho o se habría dormido. Visto su impecable aspecto trajeado, y las horas del accidente, nos inclinamos por lo segundo —le cuentan a la vez.

—No os puedo dar más información, todavía no tenemos los análisis de sangre.

—¿Qué piensa que ha pasado? —insiste el joven.

—No me llaméis de usted, me hace muy mayor.

—Perdona, por nuestra formación no nos sale, y menos ante un doctor importante —se disculpa por los dos.

—Por mi experiencia, no parece que bebiera, creo que igual toma medicinas que le han provocado algún efecto secundario de somnolencia —les informa con una sonrisa agradecida por el reconocimiento.

—¿Eso le puede haber provocado el coma? —retoma el interrogatorio Blanca.

—No lo podemos saber todavía, también puede ser por efecto de la explosión del *airbag*.

—¿Sabéis cuándo despertará?

—Es pronto para decirlo, si no lo hace en unas horas, puede ir para largo, no le podemos despertar nosotros, podríamos ocasionarle lesiones cerebrales o neurológicas irreversibles.

—¿Le habéis identificado?

Mientras Torres se concentra en informarse, el compañero está totalmente distraído con la aparición de una guapa enfermera, con el atractivo maléfico que solo tienen las pelirrojas. Su ensimismamiento dirige la mirada de Roy, que la reconoce.

—Beatriz, ¡por favor!, ¿puedes acercarte un momento?

La joven, sorprendida por verle sentado con dos policías, se acerca a saludarle.

—Llevamos un lunes tremendo —comenta el doctor tras el saludo.

—Siempre son duros y este lo está siendo —reconoce la difícil jornada que tratan de llevar a buen término.

Roy presenta a los policías a la enfermera y le cuenta que quieren hablar con el paciente en coma.

—¿Le habéis identificado? —se atropellan en su interés.

—Sabemos su nombre, llevaba la cartera en el pantalón.

—Perdona, no te he ofrecido sentarte a tomar algo con nosotros —se disculpa el doctor.

Acepta encantada, le hace gracia ver el efecto turbador que causa en un joven, que le parece muy atractivo. Su compañera le da un codazo para que deje de babear y retorne de sus fantasías.

—Acércate a pedir lo que ella quiera —le propone para que deje de ponerse en evidencia.

—¿Qué quieres tomar? —reacciona, azorado.

—No importa, ya voy yo —se ofrece la sanitaria.

—De ninguna manera —insiste, caballeroso.

—Un café con leche —solicita con una mirada pícara.

Mientras el ofuscado muchacho pelea por ser atendido, la enfermera les cuenta que también han encontrado el móvil.

—¿Habéis localizado a algún familiar? —le interroga la policía.

—El móvil no tenía contraseña y decidimos llamar al último número marcado. Contestó un amigo, al que afectó mucho la noticia, habían cenado juntos el domingo, nos ha contado que se acercará al hospital por la tarde.

—¿Os contó algo de la familia?

—Es una historia triste, nos comentó, sin dar detalles, que estaba muy afectado porque en unos meses había perdido a sus padres y su mujer se había ido a su Cuba natal con sus hijos.

—¿Habéis llamado a la mujer?

—Nos dijo que él se encargaba de llamarla.

En ese momento llega el joven con el café de su nueva musa.

—Muchas gracias —le agradece con una mirada seductora.

Su compañera le pone al día de la conversación, mientras los sanitarios charlan del estado del paciente.

Terminado el momento de reposición de fuerzas, los novatos se despiden, agradecidos, del doctor y acompañan a la enfermera para recoger las pertenencias del accidentado y custodiarlas.

Tras dar unos besos de despedida a Beatriz, algunos más ca-

riñosos de lo normal, Álvaro la entrega su tarjeta, con la excusa de que le llame si despierta o cuando llegue su mujer.

A la salida del hospital, su compañera le vacila, con la familiaridad de una amiga.

—Te has quedado embobado, parecías un quinceañero.

—¿Tanto se ha notado? —intenta disimular.

—¿Tú qué crees?, estabas rojo como un tomate.

—No exageres, es una chica muy guapa.

—No sé qué tiene el traje de enfermera que os pone tanto a los hombres —sigue su broma, aunque reconoce que es guapa con una mueca.

—Tú eres muy guapa, pero tienes que reconocer que el traje de policía no es muy favorecedor.

Adulada por el sincero piropo, se ve obligada a darle la razón.

Los jóvenes, de una edad similar, tienen una gran complicidad. Álvaro es un chico de un pequeño pueblo extremeño, trabajador, intuitivo, valiente y gran deportista. Entró en la Policía Nacional por ser la primera oposición que salió, lo mismo podría haber sido bombero. Admira a su compañera, una brillante abogada y estudiante de psicología madrileña, de fuertes principios, capaz de rechazar la influencia de su padre, comisario del cuerpo, para ascender por sí misma desde abajo.

Los dispares sueños de ambos se han cruzado por azar, en su tiempo de formación, patrullando por las calles de Madrid.

Sobre las siete de la tarde, cuando el hospital desacelera su frenético ritmo diurno, para entrar en la intimidad de las guardias nocturnas, un amigo del accidentado llega al hospital y se acerca a la recepción para informarse.

La secretaria del turno de tarde repasa el monitor y le comenta que en ese momento está en el quirófano.

—¿Es grave? —intenta informarse preocupado.

—Es una intervención menor, acérquese a la cafetería a

tomar algo, cuando terminen mando al médico para que le informe.

Sigue el consejo, con las prisas apenas ha comido nada, se decanta por una cerveza y un bocadillo de boquerones vinagre.

Mientras apura con ganas el bocata, se le vienen a la cabeza muchos recuerdos de momentos vividos con su amigo. Se remonta a la época de estudiante de periodismo, cuando salían de golfería por Madrid.

La imaginación, que es rebelde, salta rauda a su recuerdo más cercano, cuando cenaron el domingo en una pizzería y le confesó su sentimiento de culpa por el abandono de su mujer con sus hijos con destino a Cuba.

Tras una espera, que siente más larga de lo que el reloj marca, se acerca el doctor Roy para informarle del accidentado.

No puede ocultar que reconoce al corresponsal de guerra, que salía todos los días por la televisión.

—No recuerdo tu nombre, siempre he admirado el valor de los que os metéis en las zonas de conflicto para informar —reconoce sus méritos.

—Muchas gracias, soy Óscar Morán, por desgracia aquellos años han pasado para mí, la edad no perdona.

No quiere contarle las verdaderas razones por las que dejó las pantallas de televisión y las páginas de los diarios nacionales.

—No estás tan mayor —le halaga, sincero.

Le ve tal como le recuerda: pelo rizado, rostro a medio afeitado, quizá más bajo de lo que imaginaba, rodeado de guerrilleros.

—Los despachos no son para mí —reconoce con añoranza.

—¿Te gusta más estar con la adrenalina disparada que entre burócratas aburridos?

—Lo cambiaría seguro, los navajazos en las oficinas son más peligrosos por traicioneros.

Ha leído recientemente que se había despedido del periódico más importante de España, donde escribía y codirigía, por no estar conforme con la línea editorial. No es lugar ni momento para comentarlo y pasa a informarle sobre el accidentado.

—Acabamos de operar a tu amigo, todo ha ido muy bien.

—¿Era muy grave? —se preocupa, afectado.

—Con el golpe contra el *airbag*, al llevar las gafas puestas se rompió la nariz. Le hemos puesto una nueva, no se va a reconocer —bromea para relajar los nervios de su amigo.

—¿Puedo pasar a verle? —Se apunta con ganas de animarle.

—Vamos, pero no vas a poder hablar con él, aún no se ha despertado.

—¿Por qué?, ¿está muy mal? —Se le acumulan las preguntas.

Mientras se dirigen a la habitación hospitalaria, nervioso, le cuenta sus últimos momentos juntos.

—Fuimos los dos a cenar a una pizzería y le acerqué pronto a casa, hoy tenía que madrugar.

—¿Bebisteis mucho? —se atreve a preguntar, para eliminar causas posibles del coma.

—Apenas dos cervezas durante la cena.

—¿Toma alguna medicación para dormir o la depresión?

—Tiene alergia a los médicos, no es de tomar píldoras, ni siquiera cuando estaba muy deprimido por la muerte de sus padres y se echaba la culpa por no haberles cuidado lo suficiente.

—¿Tiene alguna enfermedad? —insiste en su interrogatorio.

Lo iba a negar, pero recuerda que querían quedar a jugar al pádel, como suelen hacer cuando él está por Madrid entre viaje y viaje, y no pudieron porque estaba lesionado.

—Ahora que pienso, tiene un desgarro muscular muy fuerte.

—Esa lesión es muy dolorosa, seguro que tomaba calmantes.

—Es posible, ¿puede ser la causa del coma o del accidente?

—Hasta que no tengamos los análisis no podremos avanzar.

—Su mujer se ha ido a casa de sus padres en Cuba con los niños para no abrasar la relación, pero le vi muy animado a recuperarlos.

—¿Has hablado con ella?

—La llamé cuando me comunicasteis el accidente, llega en un vuelo mañana, me tiene que confirmar la hora.

—Cuando lo sepas, me llamas; me gustaría hablar con ella, es importante que despierte pronto para no tener secuelas.

—¿Qué tipo de secuelas?

—Falta de memoria, pérdida de recuerdos.

—Ella le despierta seguro.

Al especialista le sorprende la rotunda afirmación y la confiada expresión de su rostro.

Al entrar en la habitación, la vista de su colega entubado provoca a Óscar una gran tristeza, se acerca y le susurra al oído: «Despierta, tenemos muchas aventuras que vivir».

—¿Por qué su mujer lo hará mejor que nosotros? —Muestra su extrañeza el médico a la salida.

—Cuando la conozcas, lo sabrás; es una reputada psiquiatra.

Roy está deseando conocerla, no lo expresa porque en este instante llega, despistada, una mujer, que al ver a Óscar se acerca confiada a darle un par de besos.

—¿Está muy grave? —se preocupa, agobiada.

—No sabemos, está en coma —le informa, directo, Óscar.

—¡Qué putada!, no sale de una y se mete en otra —expresa, espontánea.

—Esta es Pilar Barrera, su mejor amiga y compañera de trabajo. —La presenta con un gesto cómplice.

—No ha venido mucha gente a verle —apunta, sorprendido, Carlos ante sus amigos.

—Los inspectores de Hacienda no somos personas muy populares —se justifica.

Entra directa en la habitación y, mientras le observa, preocupada, expresa en voz alta: «No me dejes sola».

Mientras la esperan, Óscar defiende con orgullo a su colega.

—En el trabajo tiene una relación difícil con superiores y correveidiles, ni se deja presionar, es valiente e independiente, trata de ser justo, quizá sea demasiado legalista y eso le hace ser impopular.

Cuando sale la mujer, los dos conocidos se despiden y se dirigen a dar una vuelta y charlar de sus tiempos de juventud.